

LA GACETA

DE LOS NEGOCIOS

mayo 2006

ALBA DE AMÉRICA

José Carlos Fernández Rozas
Catedrático de Derecho internacional privado
Universidad Complutense de Madrid

No corren buenos tiempos en los procesos de integración regional de América Latina. La discrepancia que mantienen Argentina y Uruguay por la construcción de dos plantas de celulosa en la zona fronteriza de Fray Bentos constituye sin duda la peor crisis histórica del Mercosur. Llama la atención que, salvo excepciones, los máximos responsables no tengan rubor en proclamar que “así como está en Mercosur no sirve”, mientras guardan silencio respecto de la extraña prudencia agazapada de EE UU que avanza sin prisa pero sin pausa en el tejido de una verdadera maraña de Tratados de Libre Comercio con los países de la región. Por su parte, la Comunidad Andina atraviesa uno de los peores momentos de sus casi cuarenta años de existencia ante la posible salida de Venezuela y la polarización que producen las divergentes políticas hacia EE UU de sus miembros. Aunque las discrepancias entre los integrantes de la CAN se suceden desde hace tiempo, la negociación de un Tratado de Libre Comercio con EE UU por parte de Perú, Colombia y Ecuador ha agravado la crisis. La tormenta se desató cuando el pasado 19 de abril Hugo Chávez anunció que su país abandonará la organización supranacional, frente al rechazo y a la crítica de sus socios y a la ambigua posición de Evo Morales, ocupado ahora en afrontar el fuerte incremento de la contestación popular endémica en Bolivia. El actual Gobierno de Venezuela siempre vio con malos ojos un TLC con EE UU al considerar que Washington apoyó el golpe de Estado del 2004 contra Chávez y que un acuerdo comercial sería nocivo para los países andinos por los subsidios estadounidenses a sus productores.





Raúl Prebisch

El fracaso de la integración propugnada por la CEPAL no ha sido otra cosa que el fracaso del modelo de “desarrollo hacia adentro” implantado en América Latina. El estallido de la crisis de la deuda externa acaecido en 1982 tuvo la virtud de acelerar el proceso: se vació el escaso contenido de la integración regional, se plegaron las banderas del “desarrollo hacia adentro” y se adoptó un eclecticismo imposible entre el modelo que propugnara Raúl Prebisch, surgido en condiciones de guerra con el pensamiento económico liberal de los años 40 y 50, y el neoliberalismo de los “Chicago boys” y el FMI.

El resultado fue el híbrido conocido como “regionalismo abierto” que, bajo la acción modeladora real de la política neoliberal, las privatizaciones masivas y la penetración de las multinacionales, mostró, ciertamente, ser muy abierto y muy poco regionalista. Partiendo de que las tendencias a la globalización de la competencia y la internacionalización de la producción imponían a los países la apertura de la economía al comercio y la inversión internacionales este regionalismo propugno una interdependencia impulsada básicamente por las señales del mercado resultantes de la liberalización comercial general, acompañada de acuerdos de carácter preferencial. Con estas premisas, el acceso preferencial a los mercados de la región en un marco de apertura, permitiría condiciones relativamente mejores que las del mercado internacional pero sin desmejorar la competencia existente en el mismo. Los Tratados de Libre Comercio fueron la antesala y el complemento necesario del Área de Libre Comercio en las Américas, impulsada por EE UU desde el mandato de Clinton.

Un ALCA que bajo su declarado objetivo, el libre comercio, esconde otro real, la primacía de EE UU en el hemisferio. Plantea primero la finalidad económica: América entera como territorio de libre circulación de bienes, servicios y capitales, pero no de personas; la dolarización de las economías nacionales, como en Ecuador, aunque se admiten pasos intermedios si se “ancla” la moneda nacional al dólar; apertura externa irrestricta; disminución de las funciones del Estado; privatización de los servicios públicos y desregulación de la actividad económica



Quiérase o no estamos ante una alternativa excluyente: la implantación del ALCA implicará tarde o temprano la desaparición del Mercosur, de la Comunidad Andina de Naciones y de otras experiencias desarrolladas en el hemisferio. Al eliminarse el arancel externo común existirá un solo mercado continental, manejado por EE UU y de esta suerte la contrapartida, que es la entrada recíproca de manufacturas, se parecerá en bue-

na medida a una cláusula de los tratados del siglo XIX entre Inglaterra y otras naciones del Continente. Pero al ALCA le ha salido un contrincante pendenciero y batallador: la Alternativa Bolivariana de las Américas (ALBA), creada por Hugo Chávez.

El ALBA se concibe como un modelo irreconciliable con el ALCA, tanto de la acepción concebida durante la presidencia de Clinton como de la resultante de la actual política practicada por los halcones de la Casa Blanca. Para sus detractores el ALCA responde a los intereses del capital trasnacional y persigue la liberalización absoluta del comercio de bienes y servicios e inversiones. Aparentemente a través de un conjunto de normas multilaterales que ordenan el comercio internacional de servicios, lo que realmente se pretende es la liberalización, desregulación y privatización progresiva de los servicios esenciales para la sociedad y que suponen una obligación de los Estados y gobiernos con sus ciudadanos. Este proceso de liberalización abarcaría toda la amplia gama de servicios imaginables: salud, educación, seguridad social, agua potable, transporte, correo, gestión municipal, medio ambiente, cultura, recursos naturales, etc. De esta forma se restringiría de una vez y para siempre la intervención del Estado a través de medidas gubernamentales que regulen el comercio de servicios.



Por su parte el ALBA toma como referente la “teoría de la dependencia”, formulada por el economista radical Andre Gunder Frank que afirma que la sociedad mundial ha desarrollado una dinámica centro-periferia en la que los países subdesarrollados han quedado condenados al papel de proveedores de materias primas. Ese ha sido siempre el papel de Latinoamérica, y ese papel es el que ha bloqueado su desarrollo pues la burguesía latinoamericana, debido a la forma en que ha crecido y se sostiene, es la primera interesada en el mantenimiento de relaciones de dependencia con la metrópoli. El modelo pone el énfasis en la lucha contra la pobreza y la exclusión social como expresión de los pueblos latinoamericanos, se fundamenta en la creación de mecanismos para crear ventajas cooperativas entre las naciones que permitan compensar las asimetrías existentes entre los países del hemisferio y se apoya en la cooperación de fondos compensatorios para corregir las disparidades que colocan en desventaja a los países débiles frente a las primeras potencias. Por esta razón la propuesta del ALBA otorga prioridad a la integración latinoamericana y a la negociación en bloques sub-regionales, abriendo nuevo espacios de consulta para profundizar el conocimiento de nuestras posiciones e identificar espacios de interés común que permitan constituir alianzas estratégicas y presentar posiciones comunes en el proceso de negociación.

Es muy probable que ninguna de las dos opciones levante el vuelo. El ALCA difícilmente podrá vencer la oposición de la derecha proteccionista local, sumada a la norteamericana, casada con la izquierda bananera en un matrimonio de conveniencia santificado por un buen número de religiosos enemigos de la libertad de comercio. El ALBA, por su parte, nos conduce sonados fracasos producidos por comerciar sin competir en otras latitudes y en otras épocas, como el CAME, unido a que las recientes acciones del mandatario venezolano ponen en cuestión sus posiciones favorables a la integración regional propugnada. Las oportunidades futuras de crecimiento económico de los países latinoamericanos, dependerá de la capacidad que tengan para seguir insertándose en la economía global, que si bien representa serios desafíos, también significa enormes oportunidades que no se pueden dejar pasar en provecho de sus pueblos y de sus sociedades. Por el momento los apologistas de la integración regional pueden respirar tranquilos.